

LA NOVELA FILM

N.º 171

30 cts.



LAS NOCHES DE PARÍS

POR

CHARLES RAY, JUANA CRAWFORD, ETC.

GOULDING, Edmund

LA NOVELA FILM

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

Año IV

N.º 171

LAS NOCHES DE PARÍS

(PARIS, 1926)

Deliciosa película americana, interpretada por el
simpático artista CHARLES RAY y la bellísima

JUANA CRAWFORD, DOUGLAS GILMORE

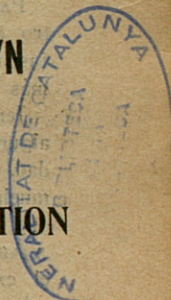
Producción METRO - GOLDWYN

Exclusiva de

METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de
KEN MAYNARD



Las noches de París

Argumento de la película

París, la Ciudad Luz, emporio de beldades, centro de elegancias, nido de aventuras, atrae con su fascinadora voz de sirena a los extranjeros de los más lejanos mundos.

Jerry Carter, un joven norteamericano, llevaba algunos días deambulando por la incomparable ciudad. Millonario algo excéntrico, soltero, gozaba de mucho talento que no empleaba y de mucho dinero que empleaba abundantemente.

Animado por las libaciones vagaba cierta noche el extranjero por un barrio peligroso de la gran urbe, completamente inconsciente del riesgo que le acechaba. Iba siguiendo sus pasos un apache pronto a caer sobre él.

Jerry tarareaba la famosa aria: *la donna e mobi-*

le... y agitaba su bastón de caña con un movimiento nervioso.

Vió en la puerta de una taberna a una mujer vestida de negro, alta y delgada, que iluminada por la luz de un farol le pareció bellísima. La hembra clavó los ojos en el extranjero con una mirada interrogadora.

Acercóse Jerry para conversar con la joven pero se sintió oprimido por unos brazos varoniles que pretendían derribarle. ¡Ah, el norteamericano a pesar de su aspecto tímido tenía su fuerza y su amor propio! Poseía algunas reglas del arte de boxear, y las aplicó soberanamente contra su agresor. Este sayó al suelo y emprendió rápida huida, perseguido por el yanqui que quería hacerle pagar caro el atraco.

Los dos hombres desaparecieron en las sombras y la mujer se agachó y recogió del suelo una cartera que había perdido el americano durante la lucha. La registró, febril, y sonrió al descubrir en ella algunos billetes de cien francos... ¡Menos mal... no se había perdido la noche!

Luego la mujer penetró en el interior del antró, sitio de reunión de toda la gente del bronce.

Se mascaba en el local una atmósfera densa, infecta, de una aglomeración sucia. Las notas de un mal piano iban desgranando los acordes de los tangos. Una música venenosa y sensual hacía girar las parejas en lentos movimientos canallas.

La mujer, llevando oculta en sus manos la cartera dirigióse a un rincón del tugurio, sentándose al lado de un hombre joven, grueso y de fino bigote que llevaba calada la gorra bajo cuya visera asoma-

ban largos cabellos negros. Tenía todo el aspecto de un verdadero apache, nacido y criado en los arroyos del Sena. Llevaba pendiente del cinturón un largo cuchillo de muelles.

Ella, la apache, era conocida con el nombre de La Chiquilla, y su amante, el hombre de los rizos negros, llamábase Raymond. Formaban una interesante pareja, muy unida, en aquel ambiente donde el amor era una brutal satisfacción de la materia.

La Chiquilla puso en sus manos la cartera perdida. Raymond, que se hallaba durmiendo, despertó al sentir el contacto de una piel que conocía de sobras... ¡Ah, dinero! ¡Mientras hubiese gente que fuera rica, a ellos dos nunca les faltaría nada!

Jerry Carter había perseguido inútilmente a su agresor. Convencido de no volverlo a ver, retrocedió de nuevo, perdiéndose en el laberinto de las viejas calles. Y otra vez sus piernas le llevaron ante la misma taberna.

Ligeramente turbado por el alcohol consumido en cierto cabaret, Jerry, sin meditar en el peligro que corría, penetró en el tugurio.

La presencia del extranjero, vestido de chaquet y sombrero de copa, atrajo la atención de los desarraigados clientes de la casa. ¿A qué vendría aquel "dandy"? Y algunos apaches ponían con un gesto maquinal sus manos en la cintura.

Jerry sonrió a varias mujeres y quedó con la mirada fija en los ojos de La Chiquilla.

—¡Son muy pícaros sus ojos... muy pícaruelos! — dijo, riendo. E intentó acercarse tal vez con el ánimo de besarlos.

Pero Raymond, el amante, se puso en pie. Avanzó

pausadamente, con la actitud felina del tigre pronto a caer sobre su víctima. Sus manos se crispaban con impaciente vibración.

—Márchese usted de aquí... ¡en el acto! — gritó.

Todo el valor de Jerry desapareció ante las palabras del francés.

—Sí, sí, me voy... usted perdone... me había equivocado de "bar".

Y salió de prisa, temiendo una agresión del enfurecido apache.

Todos los parroquianos rieron. ¡Americano idiota!

La Chiquilla, con los ojos clavados en la puerta, hizo ademán de salir.

—¿Adónde vas? — dijo Raymond—. ¿Es que quieres hablar con el extranjero? Quíá, tú no te mueves de aquí.

Y la obligó a permanecer a su lado.

En plena calle, Jerry se dio cuenta de que no llevaba la cartera. ¿Quién se la habría robado?

Encontró a un gendarme y le dijo:

—Oiga, guardia, me han robado la cartera...

El policía le miró con ademán indiferente. El extranjero había bebido más de lo regular y no era extraño que le sucediese aquello.

—Y ¿cómo se le ha ocurrido a usted meterse en la boca del lobo? ¿Cómo entra solo e indefenso en las tabernas apaches?

—¡Qué sé yo! Tonterías que hace uno... Y aquí, inter nos, guardia, ¿tengo yo cara de primo?

—Hombre... no veo bien...

—Pues sí que me ha fastidiado. Llevaba en la cartera bastantes francos. Pero, calle, veo que ahí

en el bolsillo me quedan dos billetes de mil... Ah, pues, hay que gastarlos, sí, señor, que gastarlos...

Y saludando cumplidamente volvió a deambular por las desiertas calles.

El guardia se echó a reír. Sería conveniente que pusieran también por aquí la ley seca, pensó. Y dirigióse al retén a fin de comenzar una indagación por las tabernas del barrio. Había que meter a la cárcel a todos aquellos bandidos.

Jerry, como si su vida tuviera una sola dirección, entró por segunda vez en la taberna.

Ahora su presencia adquirió gran importancia.

¡Cristo! ¿Es que aquel yanqui quería morir?

Sonriente Jerry, olvidando el peligro y el miedo, paseó por la sala. Sonrió a un apache y le dijo:

—Me parece que su cara no me es desconocida; vaya si le tengo visto antes.

Después, dirigiéndose a Pierre, el tabernero, añadió con la misma imperturbable frescura:

—¡Carape! ¿Qué buenos alimentos debe usted ingerir, amigo...

Se mascaba la tragedia. El americano se estaba jugando la vida. Pues, qué, ¿hay derecho a importunar las fiestas de los apaches?

El vino había dado ahora a Jerry una tranquilidad imprudente.

—¡Vino y cerveza para todos! — añadió con extraña alegría—. ¡Yo convido!

Entregó a Pierre uno de los billetes.

—Eso es hablar como un hombre — respondió el tabernero—. Ea, a beber...

Y todos bebieron un brebaje negro que encendía la sangre.

Jerry avanzó hacia La Chiquilla. Le gustaba esa mujer blanca, de ojos brillantes y enérgicos, la boca en forma de corazón. La vió sentada junto a Raymond acariciando el cuello de su amante.

—Es bonita esta mujer — dijo—. ¿Es tuya?

Y miró, riendo, al apache.

—Sí, señor, es... mi amiguita... y para siempre — contestó Raymond con voz sombría.

—Oyeme. Tengo un capricho, ¿hace? Querría bailar con ella... si lo permites. Ahí van mil francos.

Hubo un movimiento de espectación. Conocían todos el temperamento celoso de Raymond. ¿Cedería la mujer?

Pero el billete tentador hizo sonreír al apache.

—Conforme, baile con ella — le dijo.

Y él mismo, con sus manazas acostumbradas siempre al cuchillo, echó en sus brazos a La Chiquilla.

Comenzó el baile... tango... siempre tango... ¡Cadenciosa armonía, evocación de amor y muerte! El piano lloraba con un quejido de mujer sola, abandonada por su hombre...

Jerry se ciñó a aquella hembra de pasión, a aquella parisiense encantadora. Bailaban entre el silencio y la espectación de la clientela... La Chiquilla parecía asustada, temblorosa. Conocía los accesos de odio de su amante y temía su brutal estallido.

—Amiguita... tú eres mi amiguita — le decía Jerry, alegremente con la inconsciencia de una latente embriaguez.

—¡Eh! — gritó Raymond—. ¿Qué está hablando?

Palideció el yanqui.

—¡Ni sé lo que me digo!... la suya... su amiguita, quería decir...

Pero Jerry estaba invadido de una extraña laxitud que le llevaba a despreciar el peligro ante aquella mujer de excitante belleza.

—Si yo pudiera expresarte en francés todo lo que pienso en mi idioma — le decía mientras se deslizaban ambos por el salón.



—Tengo un capricho... querría bailar con ella...

La Chiquilla no apartaba los ojos de Raymond. Varias veces vió marcarse en su frente la arruga trágica de la desesperación.

Al pasar ante él, Jerry, imprudente, continuó sus piropos.

—Quien no te haya contemplado así... cerquita, no puede imaginarse el cielo.

—Calle, señor...

Esta vez Raymond no pudo contenerse. Levantóse de un salto felino, rápido, brutal. Apartó a La Chiquilla de Jerry. Y dijo a éste, con aire provocador:

—¡Basta de monadas, pollo! ¡Esta mujer es mía!

—Pero yo he pagado para bailar con ella.

—No tengo paciencia para aguantar más sus tonterías. ¡Fuera de aquí!

—No pienso irme, ¡cobarde!

—¿Cobarde, yo?

Buscó ferozmente un arma en el cinturón, cayó sobre Jerry derribándolo. Se escucharon gritos, algunas mujeres se escondieron en los rincones. ¡Otra muerte!

—¿Qué has hecho, Raymond? — gritó La Chiquilla.

—Amarte... — dijo él.

En el suelo, caído contra una puerta estaba el yanqui con la camisa empapada en sangre. Pero respiraba aún; su pecho se movía con un temblor angustioso.

—¡La policía! — exclamó una voz—. ¡Esconded al extranjero!

Unos hombres llevaron el cuerpo de Jerry al subterráneo. Raymond huyó por una puerta secreta.

¡Si lo cogiesen!

—¡Música, música! — ordenó el tabernero.

Unos momentos después todo era normal en la taberna. Las parejas bailaban el tango y una alegría loca parecía iluminar los rostros.

Cuando llegaron los guardias sonrieron a aquel ambiente de paz. El cabo indagó. Se había enterado de que a un extranjero acababan de robarle la cartera por aquellos barrios.

—¿Qué hay de éso?

—Aquí no pasó nada, ni estuvo extranjero alguno — respondió el dueño de la guarida.

Los policías inspeccionaron la sala y viendo únicamente rostros alegres, satisfechos, ansiosos de pasar del mejor modo la noche, se alejaron. ¡Bah, sería en otro barrio donde se escondería el ladrón!

Apenas desaparecieron, giraron de nuevo los comentarios y los gritos sobre el crimen... Y todos procuraron hurtar el bulto, desapareciendo para no verse complicados en el sumario que tendría que abrirse.

La Chiquilla corrió al sótano. Vió al americano tumbado en el suelo, sobre unas pajas, y le acarició dulcemente. Jerry abrió los ojos, no dándose cuenta francamente de lo que había ocurrido.

—Si usted llegase a morir, a Raymond lo guillotinarían — exclamó, muerta de miedo. Y la fatídica palabra hizo temblar todo su grácil cuerpo.

—Estoy muy malo — respondió Jerry.

—Señorito, por Dios... que la policía no se entere — gimió ella—. Yo le llevaré a mi casa y allí le curaré...

—Tú me curarás... bien... conformes... tienes manos de seda. No os denunciaré.

Poco después, algunos hombres transportaban a Jerry hacia la casa contigua donde habitaba la apache con Raymond.

Lo dejaron en la cama y se alejaron. La Chiquilla con amor exquisito comenzó a lavar la amplia herida del pecho, procurando impedir la nueva pérdida de sangre. ¡Oh, cómo deseaba ella que viviese aquel hombre!

La Chiquilla, mujer buena en cierto modo, era la

esclava de Raymond. Amaba a ese apache brutal con un cariño de bestia humilde, acariciando las manos que algunas veces la maltrataban. Raymond imponía sobre ella su autoridad absoluto de dueño y señor sin que su amante se quejase nunca. La pasión que sentía por él, sólo la acabaría la muerte.

Ahora, ante ese extranjero herido que podía morir, se reproducían sus temores. ¡Si cogiesen a Raymond, la única esencia y objeto de la vida! Ella entonces no podría resistir sobrevivirle.

Cuidó amorosamente a Jerry con manos que parecían acariciar.

—¿Le duele a usted mucho la herida? — preguntó.

—Un poco... apenas nada. Pero, ¿dónde aprendiste de enfermera?

—En la guerra, señorito.

—Ahora me explico tu habilidad.

Entró en el piso, Raymond. La Chiquilla, cerrando la puerta del cuarto donde estaba el herido, corrió a su encuentro.

—El está ahí — le dijo, colgándose a su cuello—, le curaré... ¡Vivirá, es muy valiente!

Raymond la besó en la boca y respondió:

—¡Hay que serlo, para osar quitarme la mujer que es mía... Y has hecho mal en llevarlo aquí. Que se hubiera muerto en la taberna.

—Dejarle era exponernos, Raymond... Hay que cuidarle bien... Piensa que si él muriese, la policía te echaría el guante.

—¿La policía? ¡Trabajo le doy para pescarme! Y señaló su cuchillo, infatigable compañero que no se cansaba de trabajar.

—¡Siempre viviendo con el alma en un hilo! — suspiró ella.

—¡Tú eres quien te amargas la vida! ¡La eterna cantinela! ¡La policía te busca! ¡La policía te acecha!



Raymond la besó en la boca...

Con trémula emoción ella le habló:

—¿Es que no comprendes, Raymond? ¡Mi deseo es verte libre... que puedas vivir como los demás hombres... qué sé yo... que hiciéramos una vida honrada!

Softó él una carcajada burlona.

—Mataré siempre que sea preciso... ¡No puedo

sufrir que otro hombre te ponga la vista encima, que te enamore como ese estúpido extranjero!

—¿Es verdad que me quieres tanto, Raymond?

—¿Si te quiero? ¡Soy tuyo... por ti mataría cien veces y me daría yo la muerte!

Se besaron con la embriaguez de su pasión. ¡Qué feliz hubiera sido La Chiquilla si aquel amor no se viera acechado por constantes enemigos! ¿Por qué no llevar una vida de paz?

—¿Tendrías valor de entregarte a la policía? — le dijo de pronto.

—¡Yo!... Tiene gracia...

—¿Y de ir a la cárcel si fuera preciso?... Entonces, cumplida tu condena viviríamos libres, habrías dado cuenta a la ley de tus robos... y nada tendríamos que temer... Y nos podríamos amar mucho... siempre, sin temor a nadie...

Raymond había callado repentinamente. Le dolían las palabras de su amiga. También él amaba a esa criatura ideal que le había ofrecido el primer grito de su juventud. ¡Quién sabe! Una vida larga, sin miedo a la justicia... ¡Quién sabe! El amor es vida y paz...

—¿Te asalta algún temor? ¿Tienes miedo? — le dijo ella.

—No temo nada, ni a nadie... Y dime... si me entregase... ¿me esperarías aunque fuese largo tiempo?

—¡Toda la vida... hasta que recobrases la libertad!

Y le besó con fiereza, como un juramento solemne de eterno amor.

En el preciso instante llamaron a la puerta. La mujer miró por la mirilla. ¡Era la policía!

—Los guardias, Raymond... ¡huye! — dijo con un grito de su alma.

—¿Huir? No... escuché tus palabras... me entregué y luego...

—...luego, amarnos, mi Raymond...

Abrió la puerta. Los policías se echaron precipitadamente contra el apache quien sonrió entregándose sin hacer la menor resistencia. Les dió su cuchillo. ¡Infelices! ¡Si hubiera querido él, acababa con la vida de todos!

—Te hemos cazado, Raymond... Nos han dicho que heriste a un hombre, responderás de esto ante la ley y también... de varios robos que se te imputan. ¡Las pagarás todas juntas!

Raimond reía con risa, pérfida, inquieta...

Uno de los guardias se dirigió a la alcoba donde estaba el americano.

Vió sobre su pecho una mancha oscura, de sangre coagulada.

—Llamaremos a un médico... caballero... está usted herido...

—No se molesten ustedes — respondió Jerry—, me atiende la mejor enfermera del mundo. ¡No quiero moverme de aquí!

Los agentes salieron del piso llevándose esposado a Raymond. La Chiquilla besó repetidas veces a su amante.

—Adiós... adiós... Raymond mío... no tardes en volver...!

—¡Adiós, Chiquilla!... acuérdate de la promesa... confío en que no faltarás a tu palabra...

—Te esperaré, Raymond... te lo prometo... y entonces... seremos libres...

El apache desapareció entre los guardias. Y la muchacha, viéndose abandonada, sin el hombre que constituía su vida, rompió a sollozar amargamente.

—¿Por qué le he dejado marchar, por qué?

Luego, pensando en las horas divinas de la libertad que vendría forzosamente, cesó su llanto...

Y corrió al lado de Jerry para atenderle con sus blancas manos de amor...

Un mes más tarde, Jerry estaba restablecido. Los cuidados exquisitos, las bellas atenciones de La Chiquilla le habían vuelto pronto a la vida y a la salud. La joven, mostrábase orgullosa de su obra. Jerry estaba en salvo y ya no peligraba, pues, la vida preciosa de Raymond.

—Chiquilla, te debo la vida — decía el americano—. Permíteme ahora que pague mi deuda. Además... tú me gustas un horror.

Durante aquel tiempo se había enamorado de la francesa. Hubiera deseado hacerla su amiga, apartarla del ambiente de los barrios bajos para ir a vivir entre la vida ostentosa y muelle de riqueza. Era feliz junto a esa preciosa enfermera de talle de junco y piel fina de magnolio.

La Chiquilla escuchaba sonriente al norteamericano. Le era agradable ese señor del Nuevo Mundo; tenía la conversación seductoras de los hombres cultos y refinados... podía ser un buen amigo... pero... ¿amarle? ¡No! El amor lo guardaba para el que

estaba encerrado en la cárcel. El era su hombre, su vida.

Jerry insistió:

—Mira... yo seré para ti un amigo sincero que te está muy agradecido... un admirador de ese bibelot encantador al que debo la existencia... Yo te acojo bajo mi protección; estando conmigo nada debes temer.

La Chiquilla respondió, pensativa:

—El ofrecimiento de usted, ¿es... desinteresado?

—Sí, Chiquilla, desinteresado absolutamente, por la gratitud... ¡Ese será el trato! Yo me comprometo a subvenir espléndidamente todo cuanto necesites, sin tasa... sin condiciones.

Escuchándole ella temblaba de alegría. Aquel yanqui parecía buena persona. Tal vez por gratitud, por reconocimiento, él la ofrendaría regalos y esplendideces maravillosas, todas las que le permitían su condición de millonario. Ella, mujer de espíritu ahorrador, pensó en el porvenir. Podría atesorar dinero, ahorrar, adquirir medios de fortuna para que cuando saliese Raymond de la cárcel, pudiesen los dos vivir sin miedo a la pobreza... Se alejarían de París, formarían en otro lugar distinto su nido amoroso... Con dinero podrían procurarse una posición, adquirir una tienda olvidando para siempre su turbulento pasado. ¡Qué hermosa vida!

—Acepto... acepto... ¡pero sólo como gratitud!

—Así será...

Y el trato se cumplió al pie de la letra: vestidos... alhajas... lujo; todo lo que ella podía desear.

Vivía en un piso situado en uno de los bulevares de París, lugar coquetón y agradable. Tenía cria-

da y a veces La Chiquilla no daba crédito a lo que veían sus ojos. ¡Cómo había cambiado todo! ¡Oh, cuando saliese Raymond de la cárcel!

Dos veces por semana Jerry iba a visitar a su linda protegida. El no se atrevía a manifestar el verdadero objeto de su generosidad. Amaba ciegamente a la muchacha y cada vez que se proponía decírselo, sentía invencible timidez. ¡Hablaba ella con tanto cariño de Raymond, su amante!

Marcela, la criada de la casa, miraba con buenos ojos al señorito americano. ¡Qué simpático y bonachón era!... Y ella, mujer que ya pasó los treinta años, veía muchos días en el reino de los sueños como el caballero ideal al agradable yanqui...

Cierto día, La Chiquilla estuvo en la cárcel a visitar a Raymond. Quería comunicarle lo bien que ella estaba y los ahorros que iba atesorando. Cuando saliese él nada tendría que preocuparles. Saldada la deuda con la justicia, Raymond sería igual a cualquier ciudadano y los dos podrían inaugurar una era de felicidad y de amor. Tal vez en breve plazo recobraría la libertad. No podían probar su intervención en varios delitos de que le acusaban...

Raymond abrazó a su amante con el beso fiero que ponía en sus caricias.

—¡Chiquilla!... ¡Mi Chiquilla!...

—¡He pensado mucho en ti, Raymond!... ¡Ay, cuando seas libre!

El preso, repentinamente, la apartó de su lado. Aquella Chiquilla no era la misma que conocía él... Vestía elegantemente, con sombrero, y de sus orejas caían pendientes de brillantes.

—¡Caramba! ¡Qué elegante vas! — le dijo quitán-

dole el sombrero y acariciando sus largos cabellos negros... Pero, ¿qué es éso? ¡Alhajas! ¡Pendientes! Son de precio... ¿Las robaste?

—No — explicó la mujer — me las compró el extranjero... Yo acepto sus regalos... ¿sabes?... para que cuando salgas, no tengamos que robar más...

Raymond apretó los dientes... En su rostro aparecieron las hinchadas venas.

—Vaya... vaya, me lo temía... — rugió.

—No pienses nada malo, Raymond; el joven es comedido y me respeta conforme tratamos con él...

—¿Me vas a hacer creer semejante embuste? ¡Falsa, mala mujer!... Mientras yo me estoy aquí pudiendo por ti, tú eres el encanto de un señorito... ¡Falsa!

Y sus dedos fuertes, de garfio, arrancaron brutalmente los pendientes, desgarrando los lóbulos de las orejas. Ella dió un grito de dolor... Hilos de sangre corrían hacia su cuello.

—¡Mala mujer! ¡He de matarte a ti y a él, perra!

Sus manos agarrotaron el cuello de La Chiquilla que quiso gritar, pedir auxilio.

El ruido de la lucha atrajo a varios policías y al director de la cárcel, quienes se echaron sobre Raymond separándole de la muchacha.

—¡A una celda de castigo! — ordenó el director.

Rugiendo de odio, Raymond desapareció pugnando por escapar de los vigilantes.

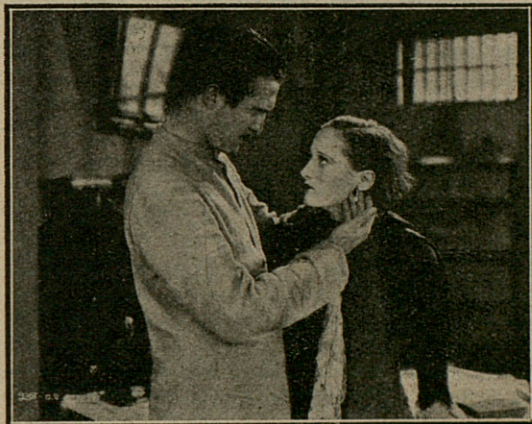
Alejóse La Chiquilla, llorando, sintiendo en sus orejas desgarradas un escozor doloroso...

Un empleado la acompañó hasta la puerta de la cárcel... Pretendió consolarla y acariciar su cara,

echándoselas de vivo... ¡Con la amante de un preso no hay que guardar consideraciones!...

—Déjeme usted... ¿qué se ha creído?

Y al salir sintió como si la tierra se hundiese bajo sus pies... ¡Qué pena! ¡Qué injusto era Raymond!



—Son de precio... ¿Las robaste?

Y a pesar de todo, ella le amaba con el amor que vence al mal, al dolor y a la muerte...

Mientras tanto Jerry había llegado al domicilio de la muchacha. Como La Chiquilla no estuviese aun, el yanqui comenzó a hablar con la doncella.

—Dime, Marcela, ¿tú crees que La Chiquilla me

quiere?... Si ella me amase de veras... te juro que me haría feliz.

La doncella sonrió.

—El señorito es demasiado fino — dijo—; a la señorita le gusta un hombre más... decidido... menos... timorato... ¿entiende?

—¡Magnífico! Hay que ser audaz... Pero ¿cómo conseguiría yo... decidirme... así... de golpe? Esa mujer me da tanto respeto... parezco un niño ante ella.

La romántica criada propuso:

—Si el señorito me lo permitiese, yo intentaría insinuarle...

—¡Caramba! ¿Sabes dar lecciones? A ver...

—Pues... figúrese usted por un momento, que yo soy el hombre.

—Figurado.

—Y por lo tanto... usted sería la mujer...

—Me resigno... Empieza...

La doncella se arrodilló ante el yanqui y con palabras y gestos elocuentes lanzó una declaración amorosa a Jerry, y terminó su lección besándole en los labios.

—¡Eh, cuidadito, señora maestra! ¡Eso es ya demasiado! — dijo él, lamentando que la doncella no fuera más joven y agraciada.

Sonó el timbre. Marcela lanzó un suspiro escalofriante. ¡Ay, había besado al señorito! ¡Qué felicidad! Pero no sería nunca para ella, criada pobre y vieja, condenada a perpetua soltería...

Entró La Chiquilla y sin ir al salón donde aguardaba Jerry, penetró en su cuarto. Dejose caer en

un sillón, apenada, con el rostro manchado por las lágrimas...

Marcela corrió a advertir al yanqui.

—¡Ahora, señorito... ánimo! Ya sabe usted la lección.

Tal vez tuviese razón la doncella. Quizás Jerry fuera timorato en exceso. Probaría si la audacia le resultaba mejor.

Acercóse de puntillas, lentamente, y abarcando con sus brazos a la Chiquilla estampó en sus rojos labios su primer beso de amor.

Ella, reponiéndose de la sorpresa, se echó a llorar.

—Faltó usted a su palabra de... caballero.

—Chiquilla... perdona... pero te quiero... te quiero...

Ella movió los labios.

—No... usted sabe bien que esto no es posible... amo a otro... si usted quiere conservar mi afecto... no vuelva usted a hacer nunca lo que acaba de hacer.

El insistió. Marcharían de Francia. Irían a Nueva York donde nadie podría encontrarles... Sería rica... millonaria... ¿quería?

—No... no... es inútil... siento que no soy libre — agregó con cierto fatalismo de raza oriental.

Entonces Jerry descubrió que no llevaba los pendientes y que sus orejas estaban partidas por un desgarrón de sangre todavía fresca.

—¿Qué es éso? ¿El?

—Sí... ¿qué quiere usted? Y aun le amo...

Jerry, anonadado, la dejó... Comprendía que era todo inútil. Aquella mujer no era más que un reflejo del alma del apache... Era peor esclava que la hembra encerrada en el harem...

Al salir miró desconsolada a Marcela... Nada,

Marcela, nada... Su señorita era inmovible como una piedra milenaria.

**

Jerry Carter dejó pasar algún tiempo más... de-
rochando... esperando, interesándose por ella, pen-
sando que si la gota de agua horada la más fuerte
roca, la emoción de un constante amor puede ven-
cer un corazón.

Cierto día, llamaron a la puerta del piso de La
Chiquilla. Marcela abrió y volvió a cerrar la ma-
dera precipitadamente...

En la escalera estaba un hombre de aspecto feroz.

El visitante, al verse recibido de aquel modo, no in-
sistió en sus llamadas y pasó una carta por debajo
de la puerta.

Marcela, temerosa, cogió aquel sobre manchado de
grasa, y lo entregó a la señorita.

—Un apache ha traído esto... ¡Qué susto me ha
dado!

La Chiquilla, nerviosa leyó:

*Salí de la cárcel, y ha llegado mi hora. Guárda-
te tu extranjero y tu dinero. Algún día nos hemos
de encontrar, y entonces... acabaré contigo.*

Raymond

Dos sentimientos, miedo y amor, invadieron a la
mujer. ¿Por qué no le había advertido Raymond
su libertad? ¿Es que sospechaba aún de ella? ¡Ah,
la consideración de que él estaba libre la extreme-
ció!... Iría a su encuentro, le amaba a pesar de
todo, con embriaguez fatal.

Marcela, a escondidas de la señorita, se apresu-
ró a telefonar a Jerry.

—Señorito... un apache ha traído una carta... Y
la señorita está llorando.

Una hora después Jerry estaba ante La Chiquilla.

—¿Qué tienes? — le dijo—. ¡Tú has llorado! ¿Qué
te ocurre?...

Ella le tendió la carta. Una gran lividez se extendió
por el rostro del americano.

—¡El miserable! — rugió—. ¡Te lanza una amena-
za! ¡Voy a llamar a la policía!

Sentía el deseo de exterminar al bandido...

—¡La policía... siempre la policía! — respondió
ella, excitada—. ¡Dejadla tranquila de una vez!

—No te entiendo, Chiquilla. ¿Es que no ves que
ese hombre te matará? Hay que evitarlo... Chiquilla,
sé razonable... Olvida a ese malvado... es un cri-
minal... tú mereces un hombre bueno que te quiera,
que no te maltrate... ¡No seas loca!... Piensa que
yo te amo, que no he perdido aún las esperanzas de
que me quieras... Chiquilla, locuela, animate...

Casi sollozaba. Cogía las manos de ella y las lle-
naba de besos. ¡Chiquilla, piedad!

Ella le miró con dolor...

—Jerry — le dijo —, recuerde nuestro trato, lo que
me propuso usted: “deja que te proteja... ayudar-
te... desinteresadamente...” y que yo respondí: “per-

fectamente, pero ha de ser sin condiciones..." y usted quedó conforme.

El yanqui protestó:

—No seas así, Chiquilla. Yo te he amado siempre... Te juro que esperaba que un día me quisieras... Este día ha llegado... Raymond te amenaza de muerte... déjalo... Yo he ganado tu corazón.

—Los corazones no se ganan con dinero, Jerry...

—Entonces... —respondió él, desolado—, ¿es que nunca, nunca podré acariciar una esperanza?

—Ya no... Escúcheme, Jerry... Si acepté sus regalos... fué porque... ¡quién sabe!... quizás algún día llegara a quererle... es usted muy merecedor de ello. Pero no es posible. ¿Quién puede mandar en el corazón?

—¡Chiquilla... yo no puedo renunciar a ti... yo te adoro!...

—Deberás hacerlo... Si sabes lo que es amar, no extrañarás que me vaya con mi apache...

—No has de dejarme... ya eres parte de mi vida, Chiquilla...

—Sería vano intento... Raymond es mi dueño... sin él no viviría... Mi resolución es irrevocable... Me voy... no me busque más... Olvideme...

Jerry estaba desalentado. ¡Adiós, amor!... Requirió el sombrero y con ánimo de hombre vencido, murmuró:

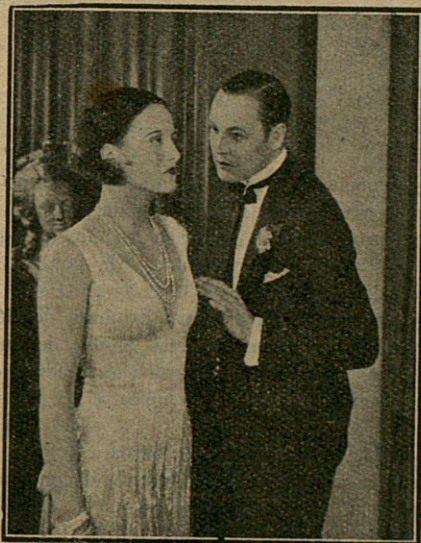
—En cada familia hay un necio... y ese soy yo.

—¡Pobre Jerry!... ¡Olvideme!...

—¡Así es la vida... quise salvarte y rehusas... no me esperaba tal desengaño!

La Chiquilla en un rincón permanecía impasible. ¡Nadie mandaba en el alma...! Y Jerry, mirándola

por última vez, marchó aprisa, pugnando para que no viesen que escapaban lágrimas de sus ojos...
Marcela fué al lado de la señorita.



—No seas así, chiquilla. Yo te he amado siempre...

—La señorita me perdona, pero no debió dejar a un hombre tan bueno como el señorito...

—No me hables de él... No quiero saber ni que exista...

Y sus ojos parecían ver al otro, al apache de París, el dueño... el amo brutal.

*
**

Aquella noche, Raymond, sentado ante una mesa aparecía taciturno en la taberna de Pierre. Había hecho el propósito de matar a su amante que se fué a vivir con aquel ricachón. ¡Ah, por el dinero, la maldita!...

Otras mujeres de la taberna, hembras desdichadas del arroyo se le acercaban con ánimo de sustituir a la ausente. Pero él las rechazaba asqueado, soñando con las gracias cálidas de la única.

Pierre se le acercó y dijo:

—Olvídala, piensa en la guillotina...

—¡Es mía, no puedo! — contestó él con voz ronca y sombría.

Entretanto, animado por una última luz de esperanza, Jerry había vuelto a casa de La Chiquilla.

Marcela le recibió desconsolada.

—Ya se fué otra vez con él — le dijo—. Y la matará, señorito, sálvela usted.

—Sí, sí... aunque haya de pelearme con aquel bárbaro...

¡Oh, quería luchar para reconquistar a la joven! ¡Raymond, el infame! ¡Con qué gusto le hubiera

dado muerte! Y sospechando si estarían en la taberna de Pierre, a ella encaminó sus pasos.

A media noche, Raymond y los concurrentes vieron atónitos que llegaba La Chiquilla. Vestía como antes, su traje de apache, el cabello hacia atrás.

Raymond se levantó yendo a su encuentro. A pesar de su aparente tranquilidad, palideció ante la mujer.

—¡Aquí me tienes, soy tuya...! — dijo ella.

El apache tenía un aspecto trágico. No había podido olvidar sus propósitos de venganza, y que la Chiquilla había vivido con un extranjero.

—¿A qué vienes? ¿Te ha despedido tu amor? — dijo cogiéndola del brazo.

—No, Raymond... Vengo por mi propia voluntad... Nunca dejé de amarte... Tú no comprendes mi conducta... te quiero...

Y sus ojos parecían implorar amor y sus labios se abrían como pidiendo un beso.

Una terrible sonrisa iluminó el rostro del apache. Pierre intervino.

—Raymond, no busques pendencias — dijo—. ¡Haced las paces y a... olvidar el pasado!

—¿Olvidar? ¡Bien... anda, bailemos...!

El pianista tocó un tango... Y ante la clientela atónita, Raymond y la Chiquilla comenzaron un baile lento, de movimientos pausados, que tenía algo de rito misterioso, de fanática adoración... Sus bocas casi se juntaban... Sus ojos cruzaban los rayos de negra luz...

—¡Qué tonta de chiquilla esta, volver otra vez! — dijo una muchacha.

—A eso le llamo yo querer — respondió un hombre.

La danza proseguía... Los ojos del apache iban adquiriendo una dureza fría, metálica, de cristal... Parecían fulminar la muerte...

—No me mires así, me das miedo... — dijo La Chiquilla...



—¡Aquí me tienes, soy tuya!

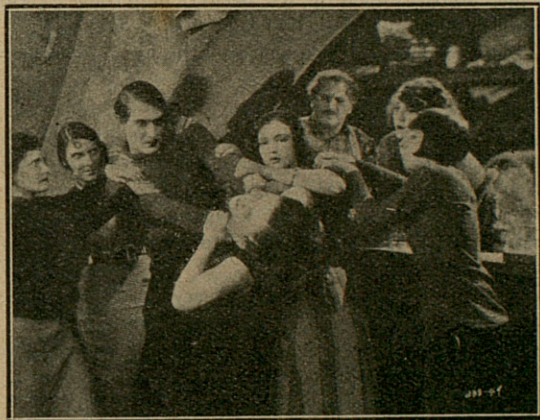
—¿Miedo? ¿Lo tuviste de mí cuando aceptaste al extranjero? ¡Malvada!

Interrumpió el baile... La venganza rugía en su pecho, ávido de muerte y destrucción. La cogió por el cuello con ánimo de estrangularla.

Ella dió un grito de terror.

—¡Raymond... Raymond!

Las manos del apache esgrimieron un puñal... Ella huyó hacia el sótano... Raymond la persiguió y le clavó el cuchillo en la espalda... Ella fué a caer en un rincón... Se quejaba con un sollozo apagado.



La cogió por el cuello...

Al volver Raymond a la sala, vió a Jerry que acababa de entrar con aire desafiador.

Sonrió terriblemente ante su rival.

—¿Dónde está mi Chiquilla? — rugió el muchacho americano.

Raymond se estremeció con una carcajada.

—Tu Chiquilla, ¿eh?... Vente al sótano conmigo y lo sabrás...

—¿Qué hiciste con ella? ¡Llévame a su lado!

Sentíase capaz de matar allí mismo a Raymond. El apache le condujo al subterráneo.

—¡Pobrecilla! — murmuró — ¡Tú hubieras vuelto a mí! Pero, ¿quién te ha herido, mujercita? ¡Ah, miserable Raymond!

—He sido yo... yo que también voy a darte muerte...

—¡Pruébalo... ladrón!

Y ahora el americano lanzóse como una tromba sobre Raymond, con tal fuerza, con tan poderoso impulso que el apache se tambaleó y cayó al suelo.

Sus manos engarfiaban la garganta del apache que imposibilitado de levantarse experimentaba ya las angustias de la muerte.

Iba a morir... Las manos de Jerry apretaban... ceñían... se clavaban como dardos punzantes...

La Chiquilla, cuya herida había sido únicamente a flor de piel, pareció despertar de su letargo.

—¡Jerry! — murmuró — ¡Jerry, por favor! ¡Déjale... hazlo por mí!

—¡No... que muera... él te ha hecho daño... que muera...!

—Gracias, Jerry... pero déjale... él es mi vida... déjale...

Asombrado ante aquel loco amor, Jerry levantó a Raymond y lo derribó furiosamente.

El apache, molido por los golpes, fué incapaz de levantarse de nuevo.

—¿Y aún le quieres? — dijo a la mujer.

—He llegado a comprender... fué empeño inútil

desviar nuestros caminos... — murmuró La Chiquilla — manda el destino... Gracias, Jerry... Pero le quiero... le querré siempre... ¡Y no puedo dejarle!

Y acarició el rostro congestionado de Raymond... ¡su señor...!

Horrorizado, Jerry se levantó. Dando una última mirada a la joven abandonó la taberna... ¡Qué pesadilla!

¡A olvidar... a olvidar para siempre! ¡Pobre Chiquilla loca... carne de pasión, devorada por el odio!...

La noche era tibia, dulce... En el cielo las estrellas brillaban con su eterna luz de paz...

Jerry paseó lentamente...

Sí, a olvidar, a no acordarse más del pasado. Al día siguiente marcharía de París; tal vez en su tierra, en Nueva York, el recuerdo desaparecería de él para siempre... ¡Ay, el destino, era ciego como la fatalidad!

F I N

UNA BUENA NOVELA

LOS OJOS DEL AMOR

COLECCION DE NOVELAS SENTIMENTALES

DE

Ediciones BISTAGNE

DE VENTA EN TODAS PARTES

Próximo número:

LA COSTILLA DE ADÁN

por Milton Sills, Elliot Dexter, Anna Q. Nilsson,
Theodore Kosloff, Pauline Garon, etc.

Postal-regalo: CONSTANCE BENNETT

LA NOVELA FILM

sale todos los martes.

Precio: 30 cts

LEA USTED

¡ADIOS, JUVENTUD!

por CARMEN BONI, ELENA SANGRO, etc.

libro 13 de las EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

y

EL VALLE DEL SILENCIO

por Alma Rubens, Lew Cody, etc.

libro 94 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalle
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona